

EL GIGANTE BRUTUS Y LOS NIÑOS INGENIOSOS

En el lejano, lejanísimo país de Fabulandia, más allá del lejano, lejanísimo mar y las lejanas, lejanísimas montañas, junto a un enorme, enormísimo bosque, existía hace mucho, muchísimo tiempo una pequeña y hermosa ciudad llamada Tulex.

Durante todo el año Tulex era una ciudad bastante alegre, sus habitantes paseaban, sonreían, los niños jugaban, se celebraban algunas fiestas populares...

Vamos, lo normal en cualquier ciudad de cualquier país de cualquier mundo. Pero cuando llegaba el invierno la cosa cambiaba mucho, muchísimo en aquella pequeña ciudad y todo el mundo se ponía mustio, triste y muy serio. Desaparecían los colores, desaparecían las risas, desaparecían las ganas de pasear y la gente pasaba tantísimo tiempo metida en sus casas que la ciudad -cubierta de nieve y silenciosa- parecía deshabitada.

La culpa de todo esto la tenía un gigante malhumorado que desde hacía muchos, muchísimos años (tantos que la ciudad aún no era ciudad) pasaba el invierno en un gigantesco Castillo no muy lejos de Tulex. Este gigantesco gigante se llamaba Brutus y no soportaba ver a los demás pasándolo bien, sobre todo cuando llegaba la Navidad y todo se llenaba de luces, decoraciones brillantes y la gente iba de acá para allá cantando y riendo.



Brutus se ponía tan pero tan furioso que empezaba a lanzar grandes rocas y enormes árboles contra la ciudad. Por eso, en cuanto los guardias que vigilaban los caminos daban aviso de que el gigante Brutus estaba llegando a su Castillo, los habitantes de Tulex se metían en sus casas y pasaban el invierno encerrados, hablando en susurros y casi a oscuras.

Pero había un niño de cinco años que se llamaba Alex y que tenía un amiguito que se llamaba Mateo. Ya estaban hartos de esconderse y de no poder reírse. Alex y Mateo querían celebrar la Navidad como antes, y que las calles se llenaran de luces, y que viniera la feria, el carusell y cantar villancicos y salir a pasear, y todas esas cosas que no podían hacer por culpa del gigante.

De modo que un día se puso su camiseta, su jersey, sus calcetines, sus botas, su abrigo, su gorro de lana y sus guantes; Mateo se puso también su abrió, su gorrito y guantes. Los dos cogieron un bocadillo de chorizo para cada uno de merienda y se pusieron en marcha rumbo al Castillo donde vivía Brutus dispuesto a convencer al gigante de que no fuera tan gruñón y rezongón.

Cuando los niños llegaron al gran Castillo se quedaron con la boca muy abierta al ver lo enorme, enormísimo que era aquello. Sus ojitos no podían ver las ventanas más altas porque quedaban entre las nubes ni podían ver dónde estaban las esquinas del Castillo porque casi se perdían en el horizonte.

Aquel lugar era impresionantemente impresionante y gigantescamente gigante.



Alex, aún con la boca abierta, comenzó a andar hacia la puerta y, una vez allí, no le costó encontrar una grieta por la que colarse y le dijo a Mateo que le siguiese. Ambos pasaron por el hueco y entonces descubrieron que, por dentro, el Castillo era aún más gigantesco e impresionante que por fuera. Todo brillaba, todo relucía, todo era inmensamente inmenso. Tan concentrado estaban Alex y Mateo mirando todo el castillo, que ni se enteraron de que Brutus estaba allí. El gigante cogió a cada niño con una mano, a Alex con la derecha y a Mateo con la izquierda y los levantó hasta su cara.

-¿Quién hacéis en mi casa, enanitos? -dijo Brutus con una voz de trueno que obligó a Alex y Mateo a taparse los oídos.

-Yo... -dijo Alex, tragando saliva- Yo... quiero hablar contigo.

-Pues yo no estoy interesado en hablar contigo -volvió a tronar Brutus mientras se sentaba en la gran mesa del comedor.

-¿Vas a... Vas a comerme? -preguntó Alex temblando.

- ¿Y a mí también...?- dijo Mateo preocupado.

-¿Comeros? -respondió el gigante con cara de asombro- ¿Con lo mal que me sientas los niños? Jojojojojo... No, sólo os voy a dejar aquí mientras tomo mi cena y pienso qué hacer con vosotros.

Y Brutus puso un cordel en el tobillo de Alex, otro en el de Mateo, luego ató los otros extremos de los cordeles a una taza gigantesca.

-Así no os escaparéis -dijo el gigante.

-Ya que estoy aquí podríamos hablar ¿no? -dijo Alex, pues sabía que hablando se entiende la gente.

-Muy bien, habla y déjame en paz.

Y Alex habló al gigante sobre el invierno, sobre la Navidad, sobre las luces, los adornos, las canciones y la alegría. Y habló Alex de lo tristes que estaban todos, especialmente los niños, desde que él había obligado a todos a pasar el invierno ocultos y silenciosos. Y, finalmente, con mucho cuidado, se atrevió a preguntarle a Brutus por qué se ponía tan furioso cuando ellos reían y cantaban.

Brutus lo escuchó todo muy serio y sin levantar la cabeza del plato en que comía. Cuando Alex acabó lo miró, le tocó a él hablar. Y contó que él, Brutus, era el último gigante en todo el país de Fabulandia, que no tenía familia ni amigos y que ni siquiera sabía dónde podía haber más gigantes y que eso lo hacía sentirse muy solo.

-Por eso me molesta veros disfrutar de la compañía de vuestra familia y vuestros amigos. Y me molesta oíros reír y cantar. Y me fastidia veros tan felices mientras yo estoy aquí tan solo.

-¿Y no has pensado -preguntó Mateo - que podrías venir con nosotros a pasar el invierno y disfrutar de la Navidad? ¿Que podrías ser nuestro amigo aunque no seamos gigantes como tú?

-Nadie querría ser amigo de un gigante gruñón como yo -respondió Brutus con cara triste.

-Yo sí querría -dijo Alex-.

- Yo también- añadió Mateo.-Y seguro que hay mucha gente que querría si, en lugar de tirarnos cosas y gritarnos, te acercaras a nosotros y fueras amable.

-No sé -dudó Brutus. -Vamos, por probar...

Y Brutus aceptó. Desató a los niños y se los metió en un bolsillo. Luego fue al desván y bajó una enorme, enormísima caja llena de enormes, enormísimos adornos navideños y unas enormes, enormísimas luces y, por último, fue al bosque y arrancó el pino más grande que encontró. Finalmente, con Alex y Mateo en el bolsillo, la caja bajo un brazo y el abeto al hombro, Brutus puso rumbo a Tulex.

Los habitantes de la ciudad que lo vieron llegar se asustaron muchísimo, convencidos de que el gigante, finalmente, había decidido destruirlos pero Brutus entró en la ciudad y no pasó nada, al contrario, caminaba con muchísimo cuidado procurando no pisar ni derribar nada.

El gigante se dirigió a la plaza mayor de la ciudad y, una vez allí, volvió a plantar el enorme, enormísimo pino justo en el centro de la plaza y luego, con mucho cuidado, se puso a decorarlo.

Al ver que no pasaba nada, los vecinos de Tulex fueron yendo a la plaza para ver qué ocurría y, cuando veían al gigante, decorar el árbol y bromear con Alex y Mateo, se quedaban con la boca abierta.

Al poco rato los niños corrían bajo el árbol, se subían a los zapatos del gigante, trepaban por sus piernas y alguno tuvo que quitarse Brutus de las barbas por miedo a que se cayeran y se hicieran daño. Los adultos tardaron un poco más pero ellos también acabaron uniéndose a la pequeña fiesta y cuando, por fin, el árbol estuvo adornado y se encendieron las luces, todos exclamaron un maravillado:

-¡OOOOOOOOOOOOOOOH!



El árbol era precioso, las luces iluminaban toda la ciudad de dorado, rojo, azul, verde y todos los habitantes de la ciudad de Tulex se sintieron tan felices que decidieron celebrar una fiesta. Unos trajeron comida, otros bebida, otros trajeron instrumentos musicales y todos, todos, llevaron risas y alegría.

Pero el más feliz de todos ellos era, sin duda, el gigante Brutus que, así, de golpe y porrazo, y tan sólo por acercarse a ellos con el corazón, había conseguido el maravilloso regalo de la amistad.

Por eso, esa noche de Navidad, la risa de Brutus, el gigante, resonó por la ciudad, recorrió el bosque y rebotó hasta las montañas...

Y Alex y Mateo fueron sus amigos, y cantaban y jugaban juntos.

Y fueron muy, pero que muy felices.



Colorín colorado